

## **Material Imprimible**

### **Biodecodificación**

### **Módulo 3**

#### **Contenidos**

- ¿Quién fue el Dr. Hamer?
- Las 5 leyes de la medicina germánica
- Las fases de la enfermedad

## Historia del Dr. Ryke Hamer

En el último encuentro conversábamos sobre el Bio-Shock y los tipos de conflictos que aparecen detrás de los síntomas. Ahora es momento de conocer el trabajo del doctor Ryke Hamer, un referente fundamental de la biodecodificación. Veamos:

A comienzos de la década del 80, el médico alemán, Ryke Hamer, plantea que la serie de procesos que actualmente conocemos como enfermedad en los seres humanos, no es otra cosa que la rememoración de La respuesta adaptativa que se pone en marcha, al igual que hace millones de años, por la presencia de un conflicto biológico de supervivencia.

Determinar qué es un conflicto biológico de supervivencia y a la vez conocer qué tipo de respuestas originan los órganos ante ese conflicto es la médula del trabajo del Dr. Hamer. Cada una de las definiciones que mencionamos hasta el momento, como el conflicto, lo biológico, la supervivencia, las respuestas adaptativas y muchas otras, son incluidas dentro de un cuerpo teórico que entiende a la enfermedad como el resultado de una lógica con leyes propias. Estas leyes son las que Hamer va desarrollando en el curso de los años y que se conocen hoy como las Cinco Leyes de la Nueva Medicina Germánica.

Bien, para continuar con la historia de Hamer, les voy a compartir un párrafo del libro: “La medicina patas arriba”, que dice así: “Hace siglos atrás, los habitantes de las llanuras que se levantaban al amanecer para ir a trabajar a los campos, miraban el cielo, suponiendo que no hubiera niebla, veían ascender y desplazarse paulatinamente por el este una magnífica bola de fuego. Delante de ellos ningún obstáculo, salvo algún que otro árbol más allá del cual la pista se perdía en el infinito. A medida que pasaban las horas el Sol describía su órbita, y el ocaso señalaba la hora del regreso, la jornada había acabado. Tras la cena un rápido vistazo para ver qué tiempo haría al día siguiente: la Luna, los miles de millones de estrellas, cambiaban con el paso de los días. Todo daba vueltas en torno a esta gente en la llana extensión infinita. Luego, un hombre lleno de interrogantes y convencido de poder dar con las respuestas, ingeniándose las con unos trozos de cristal consiguió reunirlos en un largo tubo de madera y dirigirlo hacia la bóveda celeste: su nombre era Galileo Galilei, y desde entonces nada fue ya igual que antes. Dijo que la Tierra no era llana sino redonda, que el Sol no se movía y la Tierra daba vueltas a su alrededor. Fue tal el escándalo que desencadenó entre los sabios contemporáneos que para evitar la muerte se vio obligado a renegar de todo... ¡Extraño destino de muchos innovadores!”

Se preguntarán cómo se relaciona esta reflexión con el Dr. Hamer. Bien, se puede establecer un paralelismo entre este fragmento y la historia de Hamer, ya que, pese a los embates y polémicas que rodearon a su profesión, continúa firme por su camino, sabiendo que la comprensión de sus descubrimientos no es más que una simple cuestión de tiempo. Ahora narremos su historia:

El Dr. Hamer nació en 1935, en Alemania; su padre fue un pastor protestante y su madre de origen florentino. Se doctoró en Teología, Física y Medicina, especializándose posteriormente en psiquiatría, neurología y medicina interna, con una tesis sobre los tumores cerebrales. Lo que más le apasionó en este período de su vida fue la investigación sobre los orígenes de la psicosis, impresionado por la dramática situación de los internos en los hospitales psiquiátricos. Pero los acontecimientos que la vida le tenía reservados, hicieron que se viera obligado a interrumpir sus estudios. Diez años más tarde, continuó con su carrera, con una nueva visión de las enfermedades derivada de sus investigaciones sobre el cáncer.

El 18 de agosto de 1978 su hijo Dirk, de 19 años, es herido por un disparo de fusil mientras dormía en una barco en el puerto de la isla de Cavallo, muy cerca de Córcega. Después de ciento once días de agonía, Dirk muere entre los brazos de su padre. En las semanas siguientes, a Hamer se le diagnostica cáncer de testículos y recibe el brutal diagnóstico del oncólogo, quien le dice que tiene una posibilidad entre cinco de superar la enfermedad.

Pese a estar enfermo, Hamer siguió trabajando en un hospital de Múnich, en la sección de ginecología, donde había ingresados 200 pacientes enfermos de cáncer. Día a día, Hamer los iba interrogando con delicadeza y descubre que, al igual que él, todos ellos habían sufrido un trauma emocional en los meses previos a la aparición del tumor. Hamer se lleva un dossier de 200 anamnesis y prosigue sus investigaciones en otra clínica de Colonia, donde hay ingresados enfermos de cáncer de pulmón.

En la clínica de Colonia advierte que el cáncer de pulmón no es causado por el tabaco, ya que la mitad de los enfermos no son fumadores, y sostiene que existe la misma relación de causa/efecto entre el trauma emocional y el desencadenante de las enfermedades ya observadas en Munich, sólo que el trauma no es del mismo tipo que el observado en ginecología.

En el otoño de 1981 Hamer presentó en la Facultad de Medicina de Tubinga, una tesis sobre sus investigaciones aportando 200 expedientes clínicos y la descripción detallada de 70 casos, refrendados por los médicos responsables de las distintas secciones que habían verificado sus tesis. Pero la Facultad rechazó sin ninguna justificación la verificación y en mayo de 1982 todos los expedientes habían desaparecido.

A partir de este momento se inicia el momento más crítico de Hamer, que culmina en 1986 con su expulsión del cuerpo médico, sentencia que fue ratificada por el Tribunal federal, por «sospecha de demencia».

Hubo que esperar hasta 19 de diciembre de 1989 para ver finalmente reconocidos sus descubrimientos en un protocolo firmado por el profesor J. Birmayer, doctor en Química y Medicina, titular de la cátedra universitaria de Cancerología de la Universidad de Viena. Sin embargo, este avance no fue suficiente para para reintegrarlo al cuerpo médico, a pesar de sus continuas solicitudes de rehabilitación.

Sin embargo, en 1997 la Universidad de Trnava, en Eslovaquia, confirmó oficialmente la verificación de la Nueva Medicina Germánica planteada por Hamer.

Para cerrar este encuentro me gustaría dejarles la siguiente reflexión: “Cuando haces algo tienes en contra a todos aquellos que hacen lo mismo, tienes en contra a todos aquellos que hacen lo contrario y tienes en contra a todos aquellos que no hacen nada”.

### **Las cinco leyes fundamentales de la Medicina Germánica**

Los descubrimientos de Hamer se configuran en cinco leyes fundamentales. Para desarrollarlas se basó en los siguientes criterios:

- En primer lugar, en su experiencia directa de enfermo de cáncer;
- También en la observación de más de veinte mil casos de patologías distintas buscando el denominador común, es decir, el trauma causal;
- Y, por último, en el estudio de la evolución de la primera célula destinada a convertirse en un individuo complejo.

Hamer dice al respecto: “Las cinco leyes nacieron con el nacimiento mismo de la vida y quedaron grabadas en el código genético de todo organismo: la planta, el animal, el hombre se comportan según las mismas leyes biológicas”.

Analicemos cada una de las leyes planteadas por Hamer. La primera es la Ley de hierro del cáncer, en la que, según Hamer, el trauma es el detonante. A través de esta ley, Hamer sostiene que toda enfermedad es causada por un trauma emocional que nos toma desprevenidos, que además vivimos en soledad y que no sabemos cómo resolver. Este autor también sostiene que la intensidad del trauma, es decir, la «connotación» de la emoción sentida cuando se ha producido, determinan el área del cerebro afectada, el órgano físico correspondiente y la gravedad de la enfermedad.

Con relación a esta primera ley, Hamer señala que, con el fin de preservar la especie, el hombre ha desarrollado con el paso del tiempo programas biológicos de supervivencia que están grabados en su cerebro, en sus células. Tomemos, por ejemplo, a un campesino que está cosechando al sol: su piel se enrojece, pero una vez vuelto a casa, durante la noche, su cerebro da la orden de poner en circulación la melanina, y, en ese momento, se produce el bronceado. Se trata de un proceso biológico, programado, automático.

Hamer también dice que para los animales vale el mismo tipo de programación: sobrevivir y preservar la especie. Para marcar su territorio e identificar su propiedad, los animales orinan a lo largo del perímetro y defecan en medio de ella, tapando a continuación sus propios excrementos. Pues, para Hamer, el hombre actúa del mismo modo, solo que ha inventado el baño para hacer sus necesidades siempre en el mismo sitio. Sin embargo, la función biológica de orinar y de defecar sigue siendo la misma: tanto es así que la mayor parte de las personas que se va de vacaciones está con frecuencia estreñida los primeros días porque se ha alejado de su propio territorio; basta con regresar y todo vuelve a ser como antes.

Vamos a otro ejemplo explicado por el Dr. Hamer: un señor se levantaba tres o cuatro veces por la noche para ir a orinar; preocupado por la situación fue a ver al médico para someterse a los exámenes que hicieran falta; sin embargo, los análisis y las revisiones no revelaron nada fuera de lo normal. Su problema había comenzado con la llegada al piso de arriba de una familia numerosa y ruidosa, y muy poco respetuosa, que tenía la costumbre de organizar todas las noches reuniones multitudinarias que se prolongaban hasta entrada la noche. ¿Cómo vivía la situación este hombre? Para él era como si todas las noches, en cierto sentido, los vecinos del piso de arriba invadieran su territorio. En consecuencia, su cerebro, alertado por esta emoción, daba la orden de levantarse para ir a orinar, a «marcar» el territorio a fin de protegerlo de la sonora invasión de los vecinos. Es decir, se daba un proceso biológico. Cabe destacar, sin embargo, que, si este hombre no hubiera vivido conflictivamente la llegada de sus nuevos vecinos, nada de esto habría sucedido.

El ejemplo que acabamos de nombrar nos recuerda un concepto muy importante, que les conté en el primer módulo: la existencia de una tríada indisociable entre mente-cerebro-cuerpo, tres unidades que funcionan siempre conjuntamente. Esto quiere decir que el hombre es un compuesto de emociones, que además vive los acontecimientos de la vida de modo muy personal, a su vez, nuestro cerebro es la central de mando para la supervivencia y la preservación de la especie y el cuerpo, el campo de acción a disposición del cerebro. Seguramente estás repasando mentalmente situaciones cotidianas o pequeños síntomas y buscando la relación entre ellos, y el origen o conflicto. ¿De qué te diste cuenta?

Bien, volvamos a lo postulado por el Dr. Hamer. Para él, el trauma emocional que afecta a un individuo en el curso de su existencia, tiene las siguientes características:

- En primer lugar, es vivido de manera dramática. Con todos los matices propios del caso, por lo que una gran emoción tendrá consecuencias más visibles que una pequeña contrariedad: de la bronquitis al cáncer de pulmón, según la intensidad del drama vivido;
- A su vez, el trauma emocional, nos coge desprevenidos, cuando menos se espera;
- También en estos casos la emoción se impone a la razón;
- Además, el trauma emocional es vivido en soledad, rumiando continuamente el problema, ya que, aunque todos saben lo que nos ha sucedido, nadie sabe lo que hemos sentido;
- Y, por último, no se encuentra una solución satisfactoria.

Luego del trauma emocional, entonces, entra en acción el cerebro poniendo en marcha un programa biológico especial para la supervivencia del individuo, lo hemos visto como BIO- SHOK. Hamer lo llama Síndrome de Dirk en memoria de su hijo. Actualmente cuando nos referimos a este concepto lo hacemos de manera abreviada, solo mencionando las siglas en inglés: DHS.

De acuerdo con lo que describe Hamer, en este lapso, la intensidad del trauma emocional no tardará en determinar la gravedad de la enfermedad, mientras que el tipo de emoción sentida al comprobarse el trauma determinará la localización de la patología en el cuerpo. Por ende, la enfermedad es, según el Dr. Hamer, un desequilibrio simultáneo a nivel psíquico, cerebral y orgánico debido a un trauma emocional.

Entonces, Hamer sostiene que sin conflicto no hay enfermedad: darse cuenta de ello es el primer paso hacia la curación.

Para continuar con esta temática me gustaría citarles otro caso del libro "La medicina patas arriba". Presten atención: "Luigi Rossi es propietario de una pequeña fábrica de zapatos, tiene quince empleados, todos ellos excelentes artesanos, de los que ya no hay, mujer y cuatro hijos, a los que nunca ha faltado de nada. Los tiempos son duros, la competencia cada vez más feroz, los clientes pagan con retraso, hay que estar continuamente en busca de nuevos mercados, en resumidas cuentas, que no puede estar nunca tranquilo. Cada mañana, cuando se levanta, su sistema nervioso, el simpático, entra en acción a fin de que todas sus energías sean movilizadas para hacer frente a los problemas de la jornada del mejor modo posible; el señor Rossi tiene demasiadas responsabilidades sobre sus espaldas. Con el paso de las horas, su organismo y su mente, están siempre en estado de estrés; la sangre afluye rápidamente al cerebro, pues ha de estar atento a tomar la decisión adecuada en el momento justo; su corazón entra en hiperactividad, necesita sangre que mandar al cerebro; los pulmones incrementan el trabajo para oxigenar el cerebro y tienen por tanto también necesidad de sangre; y dado que el señor Rossi visita de continuo a nuevos dientes, también sus músculos deben ser irrigados de forma conveniente. Pero su sangre no puede estar al mismo tiempo en todo el cuerpo: desde el momento que no tiene tiempo de comer, tampoco necesita sangre en el estómago y, al no realizar ninguna actividad manual, no existe tampoco necesidad de sangre en las manos; durante toda la jornada tendrá las manos frías, señal de su estrés. Por fin llega la noche: el señor Rossi cierra la empresa, sube al coche y se dirige a su casa; pero tampoco entonces puede relajarse, pues la circulación es caótica a esa hora y basta el menor despiste para sufrir un accidente. Sólo cuando esté en casa podrá decirse que la jornada ha terminado para él, y el señor Rossi se tumbará en el sofá. Un cansancio infinito le invade y el sistema parasimpático o vago entra en acción para reparar los daños de una dura jornada de trabajo. El cansancio es el mecanismo biológico del cerebro para garantizar al señor Rossi que estará nuevamente en forma al día siguiente y podrá volver a iniciar otra jornada laboral. Sin esta fase de reparación, en pocos días el señor Rossi caería exhausto en su sillón de la oficina. ¡La única función del cansancio es nuestra supervivencia!"

Bien, con relación al ejemplo que les acabo de nombrar, podemos decir que un DHS puede ser accionado, por ejemplo, por la pérdida inesperada de un ser querido, por una separación no prevista, por un diagnóstico o pronóstico para el cual uno no está preparado, por un pánico repentino a la muerte, por un enojo o preocupación inesperada, por un sentimiento repentino de abandono, o por un temor o amenaza inesperada. Inmediatamente, el choque conflictual interrumpe las funciones biológicas normales del organismo.

Entonces, para poder manejar el evento, y según lo que sostiene el Dr. Hamer, el cerebro activa instantáneamente un Programa Biológico Especial y Significativo, creado para contender exactamente con esa situación en particular. Esta es la segunda ley de la medicina germánica del Dr. Hamer, a la cual denomina “La Ley de la naturaleza bifásica de las enfermedades”. Desde el momento en que ocurre el DHS, todo el organismo se mantiene ocupado. ¿Cómo lo hace? Veamos:

Lo que dice Hamer es que, con el DHS el organismo actúa, en primer lugar, a nivel Psíquico: psicológicamente, experimentamos estrés emocional y mental.

También, dice Hamer, que el organismo actúa a nivel Cerebral, ya que en el momento justo de un DHS el choque de conflicto alcanza un área específica en el cerebro, provocando una lesión que es claramente visible en una tomografía computarizada del cerebro, como un grupo de anillos concéntricos nítidos. Tal lesión es llamada “Foco de Hamer”. La localización exacta del Foco de Hamer está determinada por la naturaleza del conflicto.

Por otro lado, Hamer dice que el organismo actúa a nivel del Órgano. Esto ocurre cuando el órgano responde, por un lado, al choque de conflicto en forma de multiplicación celular, es decir, con crecimiento tumoral; o también, si lo hace con decremento celular, que podría ser osteólisis o necrosis; y, por último, según lo que describe el autor, si responde con ulceración o de interrupción funcional, como la diabetes, parálisis motoras, daño visual o auditivo. Según Hamer, esta respuesta depende específicamente de la zona cerebral que recibe el choque y del tipo de tejido involucrado: endodermo, mesodermo o ectodermo.

Para cada tipo de conflicto hay un tipo específico de enfermedad y un área específica del cerebro desde la que los procesos son controlados. Y este es el otro gran hallazgo de Hamer. La relación entre el conflicto o DHS y el órgano del cuerpo en el que se manifestará si no se encuentra resolución. Sin dejar de tener en cuenta que previamente a su aparición en determinado órgano del cuerpo, aparece el anillo en el cerebro y es visible a través de una tomografía.

Cabe aclarar que nuestras vidas cotidianas están llenas de conflictos, más o menos importantes, más o menos dramáticos. Es muy evidente que cualquier shock emocional, cualquiera sea el conflicto, no tiene por qué provocar una enfermedad. Para que esto suceda, el DHS debe cumplir las condiciones que ya vimos.

Por eso, cuando vivimos sucesos dramáticos e inesperados, la recomendación más sencilla y a la mano de todos nosotros es: contar lo que emocionalmente nos sucede frente al hecho, ya sea con la familia, los amigos o un terapeuta, de manera tal que nuestro inconsciente biológico no necesite resolverlo a su modo.

Retomemos el trabajo del Dr. Hamer, quien sostiene que todas las enfermedades comienzan con un DHS que genera una “fase activa de conflicto”. En el mismo momento y dependiendo de la propia vivencia, un Foco de Hamer aparece en una zona específica del cerebro.

El objetivo de esta fase activa del conflicto, pensada por Hamer, es orientar a la persona en su búsqueda de una solución durable. Una vez que la persona resuelve el conflicto, es ese momento, al que Hamer llama conflictolisis, y entra en la “fase de reparación”.

En este sentido, se distingue una fase activa de conflicto y una segunda fase de reparación. ¿En qué consisten? Les cuento: La primera es la de simpaticotonía. Aquí el conflicto está activo y la persona en estado de estrés, por eso la llamamos simpaticotonía, está en constante alerta. La persona se obsesiona con su conflicto, apenas duerme, come menos, el pulso se acelera, la tensión arterial aumenta, tiene las extremidades frías. Al producirse un trauma que nos toma desprevenidos, que vivimos en soledad, que continuamos rumiando y que no sabemos cómo resolver, los tres niveles del ser humano: mente, cerebro y cuerpo entran al mismo tiempo en una fase de reacción para poder sobrevivir.

Dice Hamer que en la fase de simpaticotonía sucede lo siguiente: A nivel psíquico y físico el paciente sigue rumiando su problema, está permanentemente estresado, pierde el hambre, adelgaza, tiene problemas a la hora de dormir y con frecuencia se despierta durante la noche. Esta es la fase de adaptación frente al acontecimiento inesperado. En este continuo estado de alarma todas sus energías se ven movilizadas con el fin de superar el trauma.

A su vez, a nivel cerebral, Hamer sostiene que se produce una especie de cortocircuito que provoca el “Foco de Hamer”, adoptando la forma de pequeños anillos concéntricos en cierta zona del cerebro que preside el funcionamiento de un órgano determinado. Dirá este autor que, si se somete a un paciente a una TAC cerebral sin líquido de contraste, los focos de Hamer claramente visibles para un ojo experto, permiten determinar si estamos ante una fase de conflicto activo o bien ante una de reparación, así como «leer» La historia del paciente a través de sus «cortocircuitos».

Sobre la base de más de veinte mil casos examinados el doctor Hamer llegó a determinar una especie de «mapa» del cerebro, estableciendo la correspondencia entre el tipo de trauma de origen, el área afectada a nivel cerebral y el órgano regido por dicha área.

Bien, la segunda fase pensada por Hamer es la de Vagotonía. Aquí el organismo procede a la reparación de los tejidos, de enquistamiento, de retorno a la normalidad de una función, entre otras. El autor sostiene que la intensidad de esta fase es, por lo general, proporcional a la primera; y comienza siempre en el momento de la solución del conflicto. Durante esta fase la persona puede tener síntomas de fatiga, de inflamación o de infección. El paso de la simpaticotonía a la vagotonía se hace en un instante.

En este sentido, al entrar en la vagotonía, el referente de la Biodecodificación, afirma que nos encontramos con una sensación de alivio del estrés y gran cansancio; puesto que en simpaticotonía el organismo ha ido a buscar energía en todas nuestras reservas y ahora debe reconstituirlas.

Aquí, en la fase de vagotonía, "reposo" quiere decir "enorme fatiga", y, a veces, una fatiga tan importante que puede ser tomada erróneamente como el síntoma de una enfermedad. Esto ocurre porque el cerebro nos obliga a descansar y, en este sentido, Hamer sostiene que, en varias enfermedades, los síntomas solamente aparecerán durante la vagotonía, es decir, en la fase de reparación. Algunas personas dirán: "No comprendo, me enfermé cuando mejor me sentía respecto del conflicto".

Según Hamer, la segunda fase está, a su vez, dividida en dos partes. La primera es la llamada crisis epileptoide. ¿Cuál es su función? Les cuento: En la pre-crisis se produce la reparación del cerebro, que concluye con la crisis epileptoide misma; seguidamente le corresponde al cuerpo proseguir en su reparación, aquella que inició a partir de la resolución del conflicto, y hasta el completo retorno de la homeóstasis, es decir, el estado de equilibrio de la persona.

Hamer también dice que en la fase de vagotonía sucede lo siguiente: a nivel psíquico, es el momento en que podemos comenzar a recobrar el aliento. El estrés desaparece y el paciente se siente invadido por una gran sensación de quietud y serenidad. El conflicto ha sido resuelto. Se recupera el apetito, el cuerpo y las extremidades vuelven a recibir calor, como consecuencia de una vasodilatación periférica; y el sueño, pese a algunas dificultades a la hora de dormirse.

Luego, el autor sostiene que, a nivel cerebral, en el área en que se ha producido el cortocircuito o "Foco de Hamer", comienza a formarse un edema de reparación, que es como una ampolla, formado de sustancias nutritivas que tienen por finalidad revitalizar las células gliales del cerebro y los círculos concéntricos anteriormente visibles comienzan a desaparecer. Este es el inicio de la fase de reparación.

Una vez concluida la reparación, Hamer señala que el edema cerebral no tiene ya razón de seguir existiendo, ni creciendo, porque eso perjudicaría al cerebro que, por su propia naturaleza, no puede dilatarse más allá de los límites de la caja craneal. Por ese motivo el autor afirma que surge "la crisis epileptoide".

En la crisis epileptoide pueden producirse temblores, sudores fríos, estrés, evacuaciones urinarias. Es una especie de momentáneo retorno a la fase de simpaticotonía, que tiene por función certificar si el conflicto ha sido superado realmente; en caso afirmativo el edema será evacuado mediante una fase de diuresis; en caso negativo, el conflicto oscilante, nunca superado, se manifestará con fases alternas de recaídas y resoluciones que tendrán como consecuencia la formación de un quiste cerebral en el lugar del edema.

En tanto, a nivel físico, Hamer dice que, en la fase de vagotonía, ya antes de la crisis epileptoide, la enfermedad deja de avanzar y el cerebro se repara, pero el cuerpo no acaba de recuperar su plena funcionalidad hasta después de esta crisis.

Hace instantes comenzamos a hablar de la fase de la vagotonía. Continuemos en esta línea. El autor expresa que en la fase de vagotonía el paciente entra en un estado de inflamación, pero que todas sus energías tienden ahora hacia la reparación cerebral y física; puede tener estados febriles, dolores difusos o localizados y un gran cansancio. Aquí la naturaleza nos muestra ser extremadamente eficiente pues, en efecto, si no existieran tales síntomas, el paciente se dedicaría a su actividad diaria desviando en parte o totalmente sus energías del objetivo principal del momento, o sea, reparar los daños. Todos los estados inflamatorios son reparaciones

En este sentido, Hamer dice que hay que tener presente estos detalles tan importantes de esta fase que conviene no ignorar para poder ayudar al paciente, con todos los medios posibles, incluso alopáticos, para que pueda dar término a esta segunda fase.

Ni bien termina la crisis epileptoide, es decir cuando ya sabemos que todo va a andar bien, estamos recorriendo el último tramo hacia la normalización. Durante este período los edemas se evacuan poco a poco, los dolores de reparación van desapareciendo gradualmente, se barren los desechos orgánicos y son evacuados. Pero lo que sucede en la etapa post-conflictolisis merece otro análisis. Veamos:

Hamer explica que en la etapa post-conflictolisis el individuo ya no sufre el conflicto. Tanto el cerebro como el órgano se reparan. El conflicto no sigue activo. Pero puede hacer una recaída con sólo una palabra, una frase, un encuentro, un acontecimiento, hasta con una pesadilla, si no se solucionó en profundidad. Si la solución es profunda y completa, la cura prosigue hasta la normalización.

Por eso el autor dice que es importante comprender que, en el máximo de nuestra reparación, especialmente en el período pre-crisis epileptoide, los síntomas pueden estresarnos haciéndonos recaer en conflicto activo.

La explicación es de la siguiente manera: Si estoy en fase de reparación y empiezo a presentar síntomas y signos, tengo miedo. Puesto que para el cerebro el miedo es un estrés, que puede llevarnos a un estado de agotamiento o de distracción mortal, ordena inmediatamente detener todo, porque la reparación produce más estrés. Al detener todo, el individuo vuelve al equivalente de la fase activa, y, por lo tanto, los síntomas amainan e incluso desaparecen, lo que produce un alivio y se vive como una solución. Pero como el individuo se desestresa, el cerebro dice "volvemos a reparar, parece que ya se superó el estrés" y comienza así un ciclo sin fin.

Veamos un ejemplo sencillo que ilustra esta situación. Imaginen la quemadura de una mano: Me quemo la mano, lo que dura muy pocos segundos, entonces estoy en la primera fase, la de simpaticotonía. Al sacar la mano de lo que me quemaba, hago la Conflictolisis, es decir, acabo con el conflicto y entro en la segunda fase, la de reparación. Allí se produce la inflamación de los tejidos dañados.

Mi mano se hinchará, enrojecerá, y me va a doler por unos cuantos días. Todos nosotros consideramos este proceso absolutamente normal, ya que la inflamación es un signo de curación y sabemos que va a cicatrizar, pero mientras tanto va a doler. Sabemos que el rol de la inflamación es el restablecimiento de la homeostasis, es decir, el estado de equilibrio biológico del cuerpo, y sus cuatro signos son: enrojecimiento, dolor, calor e hinchazón, cuando aparece el edema.

Sigamos con el ejemplo de la quemadura. El proceso de la inflamación se desarrolla de esta manera: primero, las pequeñas arterias traen más sangre y nutrientes formados por proteínas y lípidos que se utilizarán para reconstruir el tejido. Luego los glóbulos blancos llegan para "comerse" los desechos, y, finalmente, pasadas unas horas, el pus comienza a eliminarse. El pus está constituido de glóbulos blancos vivos y muertos, de desechos, de células muertas, de bacterias, virus y hongos que intervinieron para acelerar la curación.

Con relación a este ejemplo y, basados en lo postulado por el Dr. Hamer, podemos pensar que un conflicto que ha durado poco tiempo puede ser de reparación muy larga; y otro que duró años puede, tal vez, repararse de manera más rápida; ya que la reparación es proporcional a los daños, y estos son proporcionales a la intensidad de la vivencia, pero no forzosamente a la duración del conflicto.

En este sentido, la reparación también puede ser proporcional a la intensidad de la toma de conciencia que sacó a la persona del conflicto.

Ahora es momento de abordar en qué consiste el sistema ontogenético de los programas especiales de los tumores y las enfermedades equivalentes, presentado por el Dr. Hamer.

Comencemos por entender por qué Hamer lo define como sistema Ontogenético. En este sentido, el autor se refiere a la vida embrionaria del individuo. Se habla de enfermedades equivalentes porque para Hamer todas las enfermedades se comportan según el enunciado de las cinco leyes. Y esto, según su mirada, se debe a que todos los comportamientos biológicos se remontan a la noche de los tiempos; y comienzan con la aparición de la primera célula en el planeta.

Según Hamer, el hombre no habría podido sobrevivir hasta el día de hoy de no haber integrado en su cerebro programas biológicos de supervivencia encaminados a la superación de todo tipo de obstáculos, que, a lo largo de los milenios, se han presentado en el camino de su evolución.

En este sentido, el autor hace alusión a la primera etapa de la evolución. Hamer dice que hace millones de años surge la vida en nuestro planeta en forma de una célula; es un pequeño organismo muy simple que, para preservar la especie, debe respirar, comer, eliminar y reproducirse. Con el paso de los siglos la célula, para poder sobrevivir en un ámbito hostil, se asocia a otras células y se convierte en un organismo pluricelular adaptándose así a las situaciones contingentes.

Siguiendo con la primera etapa de la evolución Hamer sostiene que si, por ejemplo, la célula vive en un lugar donde el oxígeno escasea, entra en una fase de estrés y encuentra la solución del problema, multiplicando las células especializadas en capturar oxígeno, creando una proliferación celular. Así pues, en este estadio de la vida, la supervivencia está asegurada por un aumento de las células, allí donde sea necesario, y la orden de proliferación es dada por una estructura cerebral arcaica que se convertirá en el tronco encefálico.

En este sentido, el autor agrega que la mente acompaña la evolución orgánica desde los inicios y durante todo el curso del desarrollo del reino animal. Nace con la materia y se transforma con ella hasta convertirse en pensamiento y conciencia. En los seres unicelulares, que viven aislados, Hamer dice que encontramos las mismas manifestaciones de vida psíquicas, a través de sensaciones, percepciones, voluntad y movimiento; propias de animales superiores constituidos por un gran número de células. Hemos de reconocer la presencia de una mente en el átomo.

Presten atención al siguiente concepto desarrollado por Hamer: Lo que ocurre en el vientre materno en cierto modo recorre todos los estadios de la evolución, tal es así que, en el curso de su desarrollo, el embrión parecerá en los dos primeros meses, una cabeza con cola como un renacuajo; luego se aprecian branquias como los peces; membranas en los dedos como los patos; tres pares de riñones suplementarios como algunos anfibios; y tres hileras de mamas como determinados mamíferos.

En esta línea, Hamer señala que nuestras cuatro capas embrionarias ya desarrolladas entre los 8 y 21 días de gestación, son los trazos psíquicos del mapa cerebral primitivo correspondiente a esas etapas evolutivas, que interactúa con este otro mapa cerebral más reciente que tenemos, la corteza cerebral. Es el mapa más nuevo de la historia del perfeccionamiento humano.

A su vez, Hamer explica que, a partir del octavo día de formación, aparecen el endodermo, el mesodermo y el ectodermo, de los que se desarrollarán los órganos llamados arcaicos, esenciales en el primer periodo de vida; los de la respiración, de la digestión, de la excreción y de la reproducción. Ya en esta etapa, muy precoz, existe algo que se convertirá en el cerebro y del que partirán los nervios craneales, que están localizados enteramente en el tronco encefálico. En este primer estadio toma forma el epitelio glandular que volveremos a encontrar, por ejemplo, en el tubo digestivo con la función de producir ácido clorhídrico para la digestión de los alimentos.

En este sentido, el autor se plantea los siguientes interrogantes: ¿Qué ha heredado el hombre moderno de la primera etapa de la evolución de la vida en la tierra? ¿Cuáles son los acontecimientos conflictivos que pueden afectar y que ha de tener que ver con esta memoria ancestral?

Bien, en base a estas preguntas, en Biodecodificación decimos que son conflictos que se refieren al bocado: un bocado de comida, una bocanada de aire, un bocado que hay que expulsar. Esto quiere decir que en Biodecodificación hacemos referencia a las funciones básicas de supervivencia: nutrirse, respirar y eliminar.

Desarrollemos con más detalle el concepto de bocado. Este concepto puede entenderse en el sentido concreto, cuando, por ejemplo, decimos: "no tengo nada que comer", o "no puedo tener lo básico para alimentar a mi familia". También puede entenderse en el sentido figurado, por ejemplo, con la frase "me cuesta digerir esto", al afrontarnos a casos de despido o divorcios. Incluso puede tener un significado más simbólico aun, que varía según la personalidad de cada individuo: por ejemplo, una herencia que se me escapa de las manos, un préstamo bancario que no me ha sido concedido, entre otras cuestiones. Este concepto se trata, entonces, de no poder atrapar el bocado, no poder tragarlo, no poder digerirlo y, por último, no poder expulsarlo.

Veamos un ejemplo que ilustre el concepto del bocado: un pez que es arrojado por una ola a la playa, no tiene otra solución biológica de supervivencia más que retener cuánta agua le sea posible en el cuerpo; a la espera de la próxima ola que lo arrastre hacia el mar. También el hombre está compuesto de un 70 por ciento de agua, y cuando todo se le viene encima, el cerebro recurre simbólicamente, por asociación con la memoria ancestral, al viejo programa: retener los líquidos.

Bien, hace instantes conocimos la visión del Dr. Hamer acerca de la primera etapa de la evolución. Es momento de analizar la segunda etapa.

Según Hamer, la segunda etapa de la evolución se corresponde con el paso de los organismos vivos del ambiente acuático al terrestre. Una vez resuelto el problema de la supervivencia, el organismo pluricelular debe continuar perfeccionándose para protegerse del mundo que lo rodea: allí donde sufra la agresión, por ejemplo, de los rayos solares, producirá un espesamiento de las membranas para evitar morir quemado. En el vientre materno, mientras tanto, el embrión continúa perfeccionándose: aparece el mesodermo cerebral del que derivarán todas las "membranas" de protección, es decir, dermis, pleura, peritoneo y pericardio.

¿Qué rasgos psíquicos de la segunda etapa evolutiva quedarán registrados en el cerebelo del hombre moderno? Bien, al respecto, Hamer explica que, en general, estos rasgos psíquicos aparecen en todos los conflictos relativos al temor de vernos agredidos, de sufrir una agresión contra nuestra integridad física. Además, forman parte de esta etapa todos los conflictos relativos a sentirse de algún modo afectado en su propia integridad moral, mancillado, manchado; ataques que son sufridos en la piel externa. La piel es la primera parte de nuestro cuerpo que entra en contacto con los demás individuos; en ella toman forma todos los conflictos de separación.

Pasemos ahora a la tercera etapa de la evolución, donde comienza a desentrañarse la tercera ley explicada desde la perspectiva del Dr. Hamer. Aquí la célula comienza a desplazarse en el mundo terrestre. Deberá, por consiguiente, desarrollar un esqueleto, músculos, tendones, todo cuanto haga posible su movimiento. Pero si el mundo hacia el cual se dirige, es decir la tierra, no es mejor que aquel del cual proviene, es decir el agua, decidirá volver atrás y deberá, por lo tanto, perder los órganos que se habían desarrollado expresamente.

Entonces, deberá hacer una reducción celular para perder la sustancia; en definitiva, eliminar esas estructuras que carecen de utilidad en su ambiente de origen. Veámoslo de este modo: la criatura acuática ha desarrollado las patas para llegar a la tierra, pero ha tenido que reducirlas a aletas para volver al mar.

Sobre esta tercera etapa, Hamer también dirá que en el vientre materno comienza a aparecer el mesodermo de la médula cerebral y sus células se infiltran entre las del endodermo y del ectodermo. Estas formarán las estructuras que nos permitirán mantener cohesionado el organismo, haciéndolo resistente a las exigencias del exterior. Al mismo tiempo, aparece el sistema óseo y muscular para sostenernos y permitirnos el movimiento. También el cerebro del pequeño embrión continúa desarrollándose y tras el tronco encefálico y el cerebelo, le toca el turno a la médula cerebral.

A esta tercera fase, Hamer agrega que corresponde el desarrollo del sentimiento de su propia valía, precisamente porque se ve enfrentado al mundo interior; se trata de un problema de valoración personal, individual, hasta el punto de que, si los valores de referencia se ven demasiado comprometidos, el individuo se sentirá disminuido. Se trata de los conflictos que en Biodecodificación llamamos de “auto desvalorización”, es decir, de disminución del propio valor intrínseco con todos los matices correspondientes a las situaciones vividas por la persona. A estos conflictos le corresponden frases como: “me han despedido porque ya no soy eficaz en mi trabajo”; “mi marido se fue con otra mujer porque ya no me veo bien”; “estoy en la menopausia, ya no soy capaz de procrear”.

El autor menciona que si el conflicto está ligado a tener que ir al mismo tiempo en dos direcciones distintas y no somos capaces de decidir si escapar de una situación o seguir en ella, la solución biológica del cerebro para eliminar el conflicto será paralizar las piernas, es decir, ordena un bloqueo funcional. El cerebro optará siempre por la solución más inmediata y eficaz para resolver biológicamente una situación de estrés de la que el individuo no sabe cómo salir.

Bien, seguimos con la cuarta y última etapa de la evolución planteada desde la teoría del Dr. Hamer. Esta etapa es la concreción de todas las etapas anteriores. Aquí se entra en contacto con otros organismos, es decir con otros individuos. También se presenta la necesidad de la comunicación. Por lo tanto, van a nacer de esta etapa evolutiva los órganos sensoriales para entrar en relación de modo social con los demás.

Si bien las capas embrionarias son la base fundamental del desarrollo de la Tercera Ley de Hamer, cabe destacar que su estudio es esencial para la comprensión de la codificación de los conflictos biológicos, ya que, sea el trauma que sea que hayamos vivido, responderá definitivamente a una realidad biológica que está estrictamente relacionada con estas capas que, a su vez, siguen un paralelo en el desarrollo evolutivo que tuvo que hacer la célula para sobrevivir.

Entonces, según lo que explica Hamer, nuestras capas embrionarias ya desarrolladas, son, por lo tanto, los rasgos psíquicos de aquellas etapas evolutivas que hoy por hoy conforman nuestro organismo y que quedaron grabadas como memorias de supervivencia en el núcleo de las células.

Es momento de abordar la Cuarta Ley de Hamer, “El sistema de los microbios condicionado ontogenéticamente”. Veamos de qué se trata.

Según Hamer, los microbios forman parte de los grandes miedos de la humanidad; desde los tiempos de las epidemias, como la peste o el cólera, se han empleado todos los medios científicos para estudiarlos, aislarlos y eliminarlos. El descubrimiento científico de los microbios puede remontarse a la segunda mitad del siglo pasado. Como estaban siempre presentes, en todos los enfermos que manifestaban alguna infección y algún estado febril. Con el avance de la tecnología y la aparición del microscopio, descubrieron organismos cada vez más pequeños, hasta llegar a los virus.

Sin embargo, no todos los investigadores tenían la misma visión. Algunos profesionales comenzaron a observar que, desde el momento de nacer, el hombre convive con microbios. De hecho, nuestro cuerpo contiene diez veces más bacterias que células humanas. El sistema microbiano es un sistema en sí mismo, como el sistema digestivo, el respiratorio o el sanguíneo. Además, existen aproximadamente diez microbios por cada célula del cuerpo humano, esto implica que la cantidad de cuerpos inusuales, según la medicina tradicional, son billones en cada ser humano. De hecho, nada hay más presente en el humano que esos microbios.

El conjunto de microbios forman un sistema en sí mismo en perfecta simbiosis con el cuerpo humano y, por lo tanto, el cerebro direcciona las órdenes y tiene el control absoluto de todos los microbios. Así como el cerebro dispara órdenes para ejecutar un programa biológico de supervivencia, también, conjuntamente con ese programa, se pone en marcha la actividad de los microbios. Lo que Hamer sostiene que es “la enfermería que el cerebro tiene a su disposición, para la segunda fase de la enfermedad, la reparación”.

De acuerdo con lo expresado por Hamer, en la fase de reparación es en la que se detecta a los microbios, ya que nunca aparecen antes, es decir, en la en la primera fase de estrés, y se los puede observar, precisamente, en la resolución de un conflicto. El cerebro los necesita para adaptar, a través de los mismos microbios, al individuo a esta fase de reparación y curación.

Dice Hamer que los microbios son, afortunadamente, los barredores que limpian el organismo de exceso de materias, situados en los órganos provenientes de la capa ectodérmica y gobernada por el tronco cerebral; así como en los órganos derivados de la capa mesodérmica antigua, gobernada por el cerebelo. Hamer sostiene que lo que estos microbios hacen en realidad es sacar el exceso de materia. Entonces, los virus participan esencialmente en la reconstrucción de órganos de origen ectodérmico gobernados por el córtex cerebral y ayudan también a las bacterias que reconstruyen los tejidos del mesodermo nuevo cuando es necesario.

Bien, ahora continuemos con la Quinta Ley planteada por Hamer, a la cual denomina como “La quinta esencia”. Esta ley es en realidad la ley que contempla todas las anteriores expuestas por él.

Hamer sostiene que todos los comportamientos del hombre y por tanto las enfermedades, están determinados por programas especiales de supervivencia grabados en el cerebro desde “la noche de los tiempos”. La enfermedad es la solución biológica perfecta de nuestro cerebro, la última posibilidad de supervivencia. También dice que existe una interrelación permanente entre todos los elementos de la naturaleza, y cada ser vivo está ligado a los demás que forman parte del Gran Todo.

Entonces, según Hamer, cada organismo vivo posee un cerebro más o menos desarrollado, capaz de captar inconscientemente las informaciones procedentes del mundo que le rodea. Así, por ejemplo, el perro sabe que el amo está volviendo a casa y se prepara para festejar su regreso delante de la puerta de entrada; o la leona sabe si habrá presas suficientes para todos en el territorio, y si la caza es escasa nacerán menos crías.

Cada célula, cada elemento constitutivo del cuerpo humano, trabaja en armonía y por el bien de nuestro organismo, en base a una comunicación permanente a diferentes niveles: desde la más pequeña de las células, las bacterias que viven en nosotros, los diferentes órganos. Todo funciona al unísono, al mismo ritmo del cerebro principal.

Al respecto, nos dice Hamer: “La enfermedad tiene siempre un sentido. Ella es útil, necesaria, vital para el individuo y para la evolución de la especie”.

Y para cerrar entonces este encuentro, los invito a reflexionar con esta frase de Lao Tsé: “Lo que para la oruga es el fin del mundo, en realidad es una bellísima mariposa”.